



DATOS BIOLÓGICOS SOBRE AVES DE SANTA FE

POR

ANDRÉS S. WILSON

Una tendencia curiosa de observar, y en la mayoría de los casos inexplicable, es la que gobierna ciertas « fallas » o aberraciones en las migraciones de las aves, tanto en las migraciones extensas y anuales, como en las que son de un carácter parcial.

A menudo se verá que algunas especies muy comunes y hasta abundantes en una localidad, abandonan sus lugares habituales por un tiempo, para regresar al siguiente año, o después de un intervalo más o menos largo, en números iguales, o aun más crecidos. Tratándose de aves migratorias se pueden suponer varias causas determinantes de estas irregularidades: el desvío de grandes bandadas, por ejemplo, debido a las inclemencias del tiempo al efectuarse el traslado de una región a otra; la falta de alimento apropiado en una zona, a raíz de una sequía, o de una invasión de langostas, lo que puede influir apreciablemente en la desaparición del reparo acostumbrado; la abundancia local de especies nocivas en cantidades anormales, etc. Hay, sin embargo, varias razones que se ocultan, no pudiéndose por lo tanto explicar satisfactoriamente una ausencia total cuando todos los factores son propicios a la inmigración y permanencia de las especies tratadas.

Y no sólo se limita esta aberración a las especies migratorias. Tenemos aves residentes y de las más comunes, que de vez en cuando desapa-

recen por completo durante una temporada larga, y lo que es aún más extraño, durante todo el período de procreación.

Entre las últimas he podido observar especialmente la palomita, *Columbina picui*; las dos calandrias, *Mimus modulator* y *Mimus triurus*; el tiránido, *Machetornis rixosa*, y el bienteveo, *Pitangus bolivianus*. En aves de más difícil observación, ya sea por su escasez, por timidez innata, indudablemente existe la misma particularidad ya citada, la que dificulta apreciablemente la clasificación de las especies totales de un lugar dado.

Durante una permanencia en este distrito de veinte y tantos años he podido comprobar periódicamente una ausencia total de las palomitas *Columbina picui*, desde Enero hasta Diciembre. En años normales estas avecitas ingenuas abundan en parejas, y anidan con suma confianza en los lugares más expuestos y mal acertados. Al llegar el otoño, cuando las semillas pequeñas y brillantes del yuyo colorado se esparcen por los lugares abrigados del monte, las palomitas se reúnen en grandes bandadas, haciéndoles competencia a los enérgicos chingolitos (*Brachyspiza capensis*) en la tarea de recolectar alimento. Este año no han frecuentado el monte a pesar de inmunidad completa contra todas las molestias, sino aparecieron individuos a intervalos, alrededor de las poblaciones por un día o dos, y luego se fueron. Otro tanto sucede con la torcaza, *Zenaida auriculata*, con la excepción de haberse encontrado un nido a últimos de Febrero pasado.

De las dos calandrias citadas, la más pequeña (*Mimus triurus*) es la mejor conocida. A pesar de esto no se ha dignado aprovechar unos lugares muy apropiados que ofrece el jardín, quedando éste todo bajo el dominio de *Mimus modulator*, la que ha nidificado este año en una yueca que le fué preparada con ese propósito. El primer nido, construido artísticamente en un matorral de madreSelva, fué encontrado por una gaviilla de tordos ociosos y dañinos, con resultados lamentables para las calandrias, mientras que éstas, en la ignorancia del peligro cercano, se distraían cantando sobre los techos y parrayos vecinos.

En cuanto a *Machetornis rixosa*, fué un asombro para mí el no encontrar un solo nido de esta especie durante la última temporada. Generalmente este tiránido vulgar y erróneamente llamado « Matadura » construye un nido con hilachas de corteza, lana y crines, terminado con mucho esmero, en el hogar abandonado de un leñatero (*Anumbius*), como también en los nidos del hornero. De vez en cuando se vale de comodidades artificiales, como ser los tarros vacíos que se suelen colgar para los mistos y gorriones. Es un gran compañero de las vacas, caballos y demás ganado, y en este sentido no lo aventaja el mismo tordo. Un pasatiempo favorito de este elegante tiránido es el de subirse en el lomo de una oveja, y allí buscar los insectos que quedan enredados en la lana. A pesar de los movimientos de la oveja al caminar, el « Matadura » hace su recorrido de cola a cabeza con la mayor soltura, paseándose entre las orejas del cuadrúpedo, y alternando sus breves y dulces notas con una que otro aleteo, para mantener el equilibrio. En los yeguarizos observa una táctica análoga, y de ahí el término desagradable, « Matadura ». El *Machetornis* es un verdadero tiránido por lo que vive casi exclusivamente de los insectos que caza en el aire, o si se ofrece, cuando éstos están al alcance del pico del ave, como sucede con las moscas que suelen atormentar los caballos con « mataduras », o sean las lesiones ocasionadas por las malas monturas o guarniciones. Debido a una semejanza en los colores del plu-

maje, *M. rixosa* se designa a veces con el nombre « amigo de bienteveo ».

Este año he observado la ausencia total de la golondrina, *Progne tapera*, debido, según creo, a la extraordinaria abundancia y agresividad de los gorriones, quienes el año pasado disputaban con las golondrinas el derecho de ocupar los nidos abandonados del hornero. En esta región, *P. tapera* anida exclusivamente en los nidos de referencia, los cuales son igualmente buscados por los atrevidos gorriones, dispuestos para aprovechar el menor descuido de sus víctimas para arrebatárles el hogar. El año pasado observé que tres nidos de una pareja de horneros fueron asaltados y ocupados consecutivamente antes de su terminación. Los salteadores se valían de la siguiente maniobra: durante la breve ausencia de los dueños del nido, y mientras que éstos traían las últimas porciones de barro, un gorrión macho, sargento aguerrido y truculento, tomaba posesión, y, secundado por sus compañeros de latrocinio, permanecía impasible ante las acometidas de los desdichados horneros hasta que al fin éstos levantaban el sitio.

Con las tareas otoñales de los horneros he tenido ocasión de ver un caso que demuestra lo que John Burroughs, un ornitólogo norteamericano, y verdadero « bird-lover », observa sobre « estos autómatas, los seres salvajes ». Dos horneros se habían dispuesto a construir un nuevo nido sobre la prolongación de un tirante de hierro que sobresale de un tanque arriba de una torre. Cada vez que se rebalsa este tanque, lo que sucede tres o cuatro veces al mes, el agua se lleva completamente los cimientos del nido; pero a pesar de estos percances, con causa y efecto ambos a la vista, los valientes horneros no desisten en su propósito, y día por medio reanudan la ingrata tarea. « La profunda sabiduría de la Naturaleza, dice Burroughs, en efecto, tan infalible bajo ciertas condiciones, nos parece nada menos que absurda en su aplicación cuando estas condiciones sufren una variación. »
